

El mar de los silencios

Jorge del Río

El mar de los silencios

El mar de los silencios

Jorge del Río

Pequeño Dios Editores

Colección Grandes Poetas Latinoamericanos

Copyright 2009

El mar de los silencios

© Jorge del Río

R.P.I. 181589

I.S.B.N. 978-956-8558-04-8

© Pequeño Dios Editores

www.pequeñodios.cl

Luis Carrera 361-369 (ex José Miguel Carrera 369),

Población Biggs, Cerro Esperanza, Valparaíso, Chile.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida sin permiso de los editores, excepto citas en revistas, diarios o libros, siempre que se mencione la procedencia de las mismas.

I

Este mar de los silencios
el torrente invisible de la claridad
que todo lo dice sin hablar

II

(Prólogo)

Como si todo entendiéramos
de sorderas
y también todo
de cegueras
todos en la capital
amaneciendo sobre el capital
y el discurso
cargando la espalda
y la nuca
casi majadero
de lo que poseemos
o debemos poseer
y que nos viste
jactándonos
un progreso
de algunos
que nos empujan
o de los que vienen
acelerando competencias
con recursos humanos
en el gran circo
disponibles
del mercado
o de la apariencia
o del muestreo
que evita mostrarme

e impide
que yo te vea
y te sea
con sólo un corazón abierto
con ese corazón
aplastado contra la reja
principal
de este laberinto
de esta enormidad
frustrante
como serpiente veloz
que sonrío
sobre el torso del agobio
donde yaces
innominado
a un costado de la riqueza
sobre la acera
de un monedero
de sólo hojalata
escaso y abismante
que nunca tocas
porque nunca está en tus manos
y tuerto
como tus retinas del día
encandiladas
que sin comprender aún
que esta vorágine

no se detiene
que anohecen después
de cada luna
más solas
y más solas que nunca
como nunca estuvieron
pero que por suerte
se incendian
para salvarte conmigo
trayéndote
a la fuga
que desde ahora
te propongo
hacia la inopia interior
la indigencia
de unos desequilibrios
renunciando
hacia el mar

(Epílogo)

Porque en este cautiverio
desgracia
muralla tras muralla
lleno de seres
y enseres
abotonados entre sí
deambulan en autobuses

acarreándose
los unos a los otros
por pantallas
a otros cautiverios
que también desgracian
muralla tras muralla
donde se suben
como ganado
y se bajan
como ganado
y se atraviesan
y no se miran
y aunque se miren
no se distraen
y no se reconocen
y se desconocen
y menos todavía
se reconcilian
porque nada
de algo
se hablan
y sólo mastican
y regulan
y nada del cuerpo
entre sí
se tocan
y nada tienen

que perder
o ganar
desde sus malsanos
destripamientos
porque en sus rutas
de luces y sonidos
sin noches solos
sin decires en las noches
y sin memoria de la piel
ni del escalofrío
de un nacimiento
ni los perros
siquiera
les ladran
en el torrente ventisquero
de su sangre blanca
que en cada uno
ahuyentada quizás
transcurre por enchufes planos
si es que transcurre acaso algo
en este tiempo
el vacío
la línea uniforme
de su laboreo enrarecido
con herramientas fijas
y los ojos fijos también
desteñidos

monocordes
controlados desde lo remoto
sin percatarse
que detrás de una puerta
de una sola
afuera
desteñida como sus pupilas
y restringida
por riendas y bridas
la existencia
deconstruida
de adentro
ha dejado de ser
ha dejado de ser
qué importa
para aquel pobre
y cautivo en la manada
el hombrecillo simple
de la calle
una vez más solitario
y huérfano
que en el autobús
de siempre
sin holas ni adioses
ya fallecido
por decisión propia
o ajena

como un muerto
continúa paseando
creyéndose inmortal
la pestilencia imparable
de sus restos
por los alrededores
del entumecimiento
de las aceras
su mortaja
de cadáver vivo
sin que nadie
nadie le pregunte
siquiera
cuándo será
o si será por fin
enterrado

III

Hablar con el océano por su boca llena de olas
y oírlo despedazarse y en un segundo recomponerse
Y esa luz del fondo va tibia lenta
hacia el otro lado un horizonte muerto
El párpado derecho se cierra
desangra el crepúsculo ennegrece la isla la costa
hasta mi presente desaparece en la vastedad
Atrae mi sordera el páramo
la quietud aledaña los arbustos imaginarios
la nada entreabierta asombrándome lo innacible
Porque frente a mí balancea el descenso su noche
sin trompetas mojándose
el aire descarriado el suspiro de las hojas
la inmediatez innavegable
Qué huellas ha borrado mi señora
esta tarde acercándose al olvido
No las tuyas en cenizas flotan con la espuma
No las tuyas en mi pecho galopando inoportunas
No las tuyas no
esta noche viene trae lunas blancas
mareas deambulando
desahoga seres vivos la resaca
como vivo después de extinto
desgarra mis costillas el huracán apretujándome el silencio
Uno con otro desanudan los naufragios la impermanencia
uno con otro los pies las flores
cavilan todos sobre el incienso del Leteo

recordándole mi señora lo finito la palabra muerte
el tiempo ante lo perdurable
los delirios la orfandad mía en el espacio

IV

Soy el antenacido mis hazañas latentes
las innumerables ausencias
el callado mundo del mar a solas
inundándome lo hallado
lo andado por las avenidas que no oyen
sumergido en una fuente
en una siesta atemporal

V

Escúchame el hombre los suburbios de sí mismo
su suela dura pisándole los huesos
escúchalo temblar su nacer la desenvoltura
su cauce venir escúchale
la desembocadura su corazón
suena el crujido su pálida corteza
un pájaro rojo inmigrándolo
latiéndole la cáscara soltándolo
la cascada desatada haciadentro

VI

1

Solo en el aquí de los otros
en el estar donde están todos
un nombre amarrado el reloj la orgía citadina
el semblante inmóvil de reojo
los bellos calcetines casi limpios
el quehacer de los momentos
el aparecer en las vitrinas
simplemente sobrevive
ese puro deber cumple y cumple los años
la carne la piel el sexo duro en las esquinas
apropiado para miles y millones
olvida el soplo entre los todos
desintegra el llanto originario de un entonces

2

El rasgo separado la sinfonía de los rasgos
la mirada liviana otras espesas miradas
de cuerpo inaudible una multitud de cuerpos
el amor despierto encadenado los amores que se van
ya vienen luego desfalleciendo
hay veredas huidizas callándolo todo
las bocinas desmienten toda presencia
a lenta renuncia y todavía y no resignado
saliéndome los anhelos
naciendo al otro solo en un desierto lleno de muchos
barriéndome vaciándome de ellos
buscando al otro solo entre los otros

VII

1

Volver detrás del sol
ardida la melancolía
contaminar la luz

2

Esta mañana las diosas decidieron irse de mí
del universo ciego irse de las estrellas
dejándome interrumpido insano
escupido de austeridad
todavía sintiendo la enormidad de mi pequeñez

3

Y mire usted
no soy detrás de mí como quisiera
no el niño salvaje in púribus
que olfatea vertientes y matorrales
Qué niño querrá ser aquí insensato
conmigo adelante paseando leyes moribundas
Acerque su frialdad hay frías tumbas
vea entro ahora de vuelta
la incesante rueda gira para inexistirme otra vez
y en otra parte despuntar el polvo de mis ecos

4

Ahora me ve sabe usted
ya antes me había visto
y en esta vuelta ni siquiera
pudimos recordar nuestros nombres

VIII

1

La sonrisa un motivo
la belleza adentro de mis ojos

2

En sus manos la mirada
la llama tenue la penumbra
ahí estaba apareciendo
todo lo bello de la honda profundidad

3

Sin embargo del otro lado
¿por qué esta maldita
esta bella majadería temporal
no ha querido nunca soltar nunca su mandíbula
de mi yugular sangrante?

IX

1

Dejan los textos de flotar
En las horas del desmayo
de escribir cuanto habrán de decir o no decir

Y si deben nombrar enmudecen

Se encierran en el encierro de las pestañas
se duermen arrinconados abandonándose
a un costado del sillón de la sala
Nadie en pocos días notará mi sueño
Habrá prescindido mi lápiz del alba siguiente

2

El rincón
un agrado habita menos gente
apacigua lo adverso
mi extravío

3

Enfrente el horizonte lejos
ha buscado un rincón para columpiarse
Colmado de remolinos y aguas vociferantes
prefirió mi anonimato la zambullida del sol
la comisura del mar y el cielo

X

Cuando al otro mundo pase
si es que hay otro mundo a donde pasar
igual no sabré que en éste anduve
ni que fui un muerto más entre estos muertos
sólo un desnacido llegado al otro
esperando jamás volver desde lo remoto

XI

1

No pude menos que mirarla
y mis labios se amorataron de frío

2

Dejé de temerle
cuando comencé a embeber el miedo a los latidos

3

Aburrido de mirar el mar
vaciándose a la orilla de mis pies

4

A qué viene la agonía entusiasta
la deliberada grieta cruza los valles del pecho
con paciencia confía que las horas se resten
de a poco los instantes yéndose perdidos
No es usted la muerte
el último desprendimiento
la puñalada muda el corte invisible
la virulenta indiferencia
que viene y viene y al cabo llega
y llegando te arranca los punteros del reloj
y bebiendo se traga tu carrusel de tañidos

5

Por mi obscuridad
verás en tu memoria una nueva estrella

6

Terminé destetado de la tierra
agotado ya el calostro de los sueños

XII

1

Calla la tierra lo que por debajo crece
Lo callo todo para conservarlo hablando conmigo

2

El silencio de los vivos mi fiesta
el de los muertos una hondonada

3

Murmura el vacío
enciende mi fuego adentro
soy íntegro
ignoto entonces
desalojado incluso de mi mente

4

En la habitación
las cosas suenan a mi alrededor
sin lograr distraerme de la nada
del pozo inmemorial de lo que he callado
de lo que he creado a partir de su secuestro

5

Las habladurías
lacónica la sulfurada lengua
arden sus propias brasas
sanar los incendios el silencio calcinante

XIII

La pausa una brecha entretejida
el corazón llamándome
el trago de vino cambió su color
desposeídos cantan los cristales

La calma el acuario el reposo de los peces
el desgarró duerme
los estragos sólo espejismos

Hay aquí unos peldaños de madera
la cercanía en ellos se detiene
la morada y yo en la piedra observantes
las ventanas como trozos de intemperie dura

Desde el sótano imaginario al torreón perteneciendo
abrimos el verso el destiempo para los que deseen venir

XIV

Tanto enredar los ojos
en tanto seno leyendo
las amé
escudriñando en mí
todos sus dichos

XV

“Los locos abren los caminos que más
tarde recorren los sabios”
(Carlo Dossi)

1

Bajando se le vio al orate
al costado poniente del cerro Santa Lucía
el pelo le ensuciaba los hombros
la barba crespa su pecho
una mano mendigaba a la otra el último sorbo
ese día descalzo y sucio expiraba el invierno
ofrecía versos breves a los transeúntes
los que apurados escribe ante la desmemoria
en papeles prestados los barrancos de la insania
a nadie se le vio recibiendo sus ofertas
las palabras caían como golpes de su frase a las veredas
los postigos a su paso se iban clausurando
pero se le vio al orate una sonrisa alojarse en la penuria
es que un niño vagabundo
recogía de atrás sus huellas para guardarlas en un libro

2

El fulgor ignorante de un motivo
El cuerpo desamueblado de sí mismo
Los edificios desasidos de la tierra volándose
La inhallable razón la intemperancia
El viejo desmenuza látigos de antaño
Le duelen allá las cadenas y las llagas
En los agujeros de la historia se extravían los azotes
Desorbita un lamento la escapatoria
Qué encuentra entonces nada
Qué arroja desde sus labios una descarnadura

No es el contenido de otros brazos
Es una carcajada incesante entre las nubes
Una feroz una pesada impunidad carcome su suelo
Se suspende se eleva
Un globo se arranca de este mundo por entre mis dedos

XVI

1
Por la tarde
comienza a desnudarse la ciudad
a preparar su movedura conmigo y entrar al mar
a su paz movediza
a lo callado de su hundimiento
a esa rompiente que imperceptible
nos embellece la estada

2
Boca arriba
después del mar sintiéndome invisible
mi bañada desnudez se secaba en la playa
Después de un rato se sanaba mis brumas
mis tinieblas mis soledades
todas vestidas de gotas secas

XVII

1

No quiere el infierno que sea yo uno de sus poetas
espera paciente mi guillotina
para apropiarse de mis textos
para deshojarlos en su biblioteca
para borrarlos uno a uno el infierno de la indiferencia

2

No será un poeta entre los poetas
sólo un poeta entre los solos
un poeta entre los oscuros
un poeta entrelazado
de entrelíneas y entreactos
un poeta en cada uno
de los que algo esperan se les diga

XVIII

Jamás por ti moriría

Continuaría vivo

Desvaneciéndome en las aceras

Esperando tu muerte

XIX

1

El intervalo movedizo entre dos silencios
el amanecer de los escondidos

2

Lo escrito en cada uno de mis libros
pero también
lo subrayado en cada libro de los otros

3

Vive el pensamiento
En las cabezas merodean sus cajones
Muere de vez en cuando en los aquietados instantes
Duerme polvorienta un rato la palabra

XX

Caigo
me golpea
el hambre
de los que desaparecieron
me despuebla
me divorcia
de mis ropas
me levanta
me sacude
el hambre
de los que no paran
de buscarlos
y luego
observo mi piel
intensamente viva
bebiéndome distinto

XXI

Un saco de manzanas
ofrezco a diario a los hambrientos
pero no confían los hambrientos
que ese saco diario sea de manzanas

Hay un dolor habitando a diario
entre su envidia y su desafuero
Ese dolor que les impide el hambre
y les prohíbe a diario recibirme

XXII

1

Las escaleras rompieron
las que subían al cielo

Desmembrados quedaron
los fieles en el abajo

Dios naufragó al poco tiempo
junto a la tumba de sus creyentes

Y sobre los escalones que cayeron
brotaban unas semillas diversas

2

Y pasé Señor sin ti después de tu propia muerte

En tu milenaria casa destemplaban chillidos
las puertas las murallas tumbadas
descerrajados los cerrojos

La duda en tus convencidos
el inconformismo en tus aletargados
la mano libre de tus aferrados
el ocio para otra creación en tus sermoneadores

Sus hombros sueltos del yugo
la herramienta rota con que labraron tus dogmas
quebrada la espada ensangrentada que por tu credo clavaron
Cada uno salió huyendo Señor con cada uno que huía

Y pasaron otros libros brillando en tus callejuelas y palacios
y brillaron también en el atardecer del parque de las hojas

Igual pasó el otoño por cada véspero
y todo sin ti Señor después de tu propia muerte
continuó pasando como si nunca hubieses existido

XXIII

En un banco de la plaza
deposítame
y dormiré tranquilo

XXIV

Y quién es
quien detrás de mi rostro
recorre las avenidas que recorro
y me juzga desde antaño
y me condena luego al hundimiento
y me aplaude a veces
Y quién es
quien viviéndose en mi voz
escarba entera mi vagancia
descreyéndome el lenguaje
y acompaña cada misterio de mi entendimiento
hacia el desaprendiz de las cosas
Y quién es
quien me empuja y me sujeta
y simultáneamente me detiene
al costado del precipicio de los quebrantamientos
y me obliga a observarlo desde mis impulsos
encerrados entre mis manos y mi pecho
y a amarlo cada noche y ahondarlo en sus exabruptos
humillando sus reyes vestidos de abundancia
Y quién es
quien detrás de mi rostro enseña
que tal vez ha valido una fantasía
y la desprendida sábana de mis deseos
el segundo austero de una sonrisa
o el de una pena escabullida
Ese cuyos ojos no conozco

y que en la trastienda de mi camisa
me acarrea trotamundo en mis pellejos
postergando mi silueta

Y quién es
quien rápido se fuga ahora por delante de mi rostro
cuando parece que el viento tibio tocara mis distancias
y la desnudez desapercibiera mi aislamiento
y el olvido los punzantes temores
y el cieno los frívolos romances
y el exilio la incesante búsqueda

Y quién es
quien me dio la espalda para que jamás lo viera
como si yo fuese ninguno
pero que cada día me reclama y me impone existir
cuando las mañanas al vaivén de los botes
se van de pesca dejando sin murmullos las caletas

Y quién es
quien tiembla escondido debajo de mi puño turbio
extraviándose en los bosques
y obedece a la dislocación de mi bofetada
y recibe gotas en las ventanas rotas con mi sudor

No he querido responder quién es ese
y el curioso por llamarlo aún en mi no reposa
No he sabido ignorarlo donde se alzan
sus críticos pensamientos y sus botaduras
La desazón que le encumbra la desdicha

su agujero de cicatrices y el mareo que le clava el gemido
Por eso le cae la tragedia y la comedia
y le cae grueso el golpe sobre mi peso cayéndome
Porque ninguno será capaz cuando expire
ninguno ni yo podrá resucitar su relámpago inerte
Nadie elevará sus cejas para que mire la tiniebla
yéndose de mis inventarios
Su propia imagen lo alimentará sin mí desde el espejo

XXV

Desfallece el eco
Encalla la noche
Se ensancha con ella
Se estrella la luz
Espacio en el muro agoniza
Caen los cantares
La melodía de Lazo en los parlantes
La curvatura edificada donde habito
El placer prendido en mis soledades
El corazón cada vez más intenso
Mi casa en la orilla se esculpe
Guardo algunas preguntas
Calla el eco entre las rocas
Calla toda anunciación
Calla todo presagio
Todo final está callado al acecho
Se escucha el alejamiento
El vértigo de mi silbido abrupto
Sobre mi torso algunas garúas
Los pájaros encintos gritando
Me acuesto sobre el horizonte
Desprendidas las vestimentas destapada la cama fría
Enfriándose el desvelo hay un huésped
Un fantasma merodea
Debe ser quizás porque es jueves
El cuarto jueves del otoño
Escogió carecer de minutereros

Desertar de la oficina conmigo
Despertar los cuentos de papeles viejos
No hay en este jueves olfato de gusanos
No hay en este jueves firmamentos marginados
En este otoño desfila un fugitivo
La comida sencilla de su plato sobre un destierro
La mesa con historias de denuncias
El postre de muchos desesperos
Una lectura de Cioran con el café
Los momentáneos ojos deambulando por la Pizarnik
Y Mahler encogiéndome como nunca el desparpajo
Hay una frase muerta en la brevedad
La melancolía dándose tumbos contra ella misma
Y después me llama
El fuego enervado de las astillas
Encerrado el fuego entre nadie que me invoca
Y nadie aquí llama tampoco a nadie
Sólo la llama de un fuego encerrado balbucea
La noticia que aguardo llega tardía se desplaza
En las vigas un pasatiempo se distrae
Me avisa la madrugada
La ciudad me ha expulsado
Ya no me incluye en su rodaje
Estoy afuera de sus instancias
Premiado por la libertad de aquella decisión
Permanezco entonces aquí una temporada
Sostengo los ecos que se van atenuando en cada repetición

Amo el alero de los arrancados
Emancipo las ofrendas de las calles desaparecidas
Aquí disfruto la trizadura de las maderas
Los higos frescos el océano afronterizo
Los escalofríos que de vez en cuando muerden mi antebrazo
El ladrido de los perros satisfechos en mi bosque
La sed que se va perdiendo con el sueño
El último aleteo del ocaso

XXVI

Alguien apretó mis mejillas
Sus dedos callaban a medias
Decía del otro lado que el día traía flores
Pero yo respondía que sólo a veces
Porque otras veces traía pantanos
Y que sus dedos me parecían fríos
Como frío el mármol y los subterráneos
Y que su decir se oía triste
Como triste el violoncelo tras la lluvia
Y que ya una vez se había hundido
Y que la segunda no lo sería conmigo
Después un hálito de indolencia la penumbra
El follaje el aura muerta
Un segundo tibio en mi cuello
En el balcón las enredaderas
Un perfume que hasta hoy no reconozco

XXVII

Inasible la conciencia se va huida
un castillo sin esquinas
el diario que tarde se escribe
como el acompañante que trae la estepa
no es la vida sino yo en ella reclama
mi desapego mis árboles desmantelados
mis caminos dice abren la claridad
las ventanas la ventolera el templo deconstruido
enmudece el trueno
la palabra despellejada yace sin argumentos
dice
y desamarra mi garganta
despejadamente me divisa inoponible
me obsequia una inmensidad sin interrupciones

XXVIII

De tanto pasear
tanta huella sin querer se pisa
lo de atrás bajo los pies sepultado
sin saberlo
qué tanto vendrá para luego olvidarnos
O vale más aquietar la marcha
y detener el presente sobre un andar inmutable
o vale más perder el habla en otra palabra ida
y trazar en el bosque una senda despejada
No sabemos qué tantos soplos saben a respiros
pero respirar afuera es oxígeno seguro
Y vale carecer en ellos de murallas
y vale destapar de ellos la vestimenta
sus quimeras abrigadas
las venas intocadas por la ambigüedad
Porque de tanto entrar a lo que viene
se llega al fin a lo presente
y porque al entrar demasiado atrás
a donde una o más veces los pies se detuvieron
nuevamente sin comenzar sin saberlo
se mueven los caminos los ojos despoblados
la intemperie de los trancos los huesos venideros
Hay un indicio que pisa tantas huellas
que sin querer deja un atrás sepultado
Es el aturdimiento disimulando a los paseantes
sobre su atardecer afinado
Por eso después del recorrido

vamos saliendo de nosotros hacia el otro
vamos ofreciendo al otro nuestras suelas
ofreciendo lo que somos desde lo pisado
Ninguna estampa quedará abajo soterrada
porque a tus brazos se habrá asido todo lo dejado
todo lo venido

XXIX

1

Hay demasiados sonámbulos saboteando las madrugadas
Misioneros del enfeudado fabricándose en grupos
Una sombra difusa un calvario estéril
El hombre cronometrado que no puede con la desposesión
La insoluble grieta donde se desmorona su lucha
El forcejeo irrespirable contra el tiempo

Es que vivir no es posible más allá de la inmanencia
El malsano combate inútil con sus propios besos
El obnubilado desgaja la incredulidad de su eclipse
El otro se arrojó a un arroyo para desentumir su destino
Hay una desenvoltura atragantada en el pedir
Un ardor se añade a los labios y difama toda exigencia
Un desusado golpe por fin mató la retina del viajero

Y aquel desesperado cabizbajo
Ese disonante en los cascabeles del reproche
Levanta deshilachado su refugio de triunfo
Desde la misma ceguera de los muertos
Y observa que le doy una mano
Un alivio para traerlo
Sólo una mano hacia mi escondite
Donde le devuelvo su finalidad

2

Y al viajero escribo lo que antes
Con la voz separada lo que antes cantaba

Predicando irme de los suelos
Que de la garganta se vayan las voces
Desasirse de cualquier significado
De toda indemnencia
Ser innombrable para el olvido
Abrir el universo del silencio como una caja cualquiera
Y respirar en él como si te faltara el aire
Traer la ausencia a tu cuerpo en un cerrar de los ojos
Y dormir luego y morir después sin abrirlos nunca
Acoger apaciguado el viaje por los afluentes que descienden
Donde las ataduras comienzan a escaparse por los desagüaderos
Donde comienzas a quedar desnudo sobre las riberas

Y zarparás a lo impermeable
Huirás de los remezones de los ratos malignos
Sondearás aquello inmemorial de los pezones que bebiste
Aquello no divulgado en la prestancia de tu traje
Lo que en tus sienes ha subrayado el mar inalcanzable
Lo inadvertido de tu hendidura
Se descuelga hora tras hora la piel desde tu piel
Porque así
Insensato se navega sin rumbo
Se despoja uno cada día más de los despojos
Apalea uno la podredumbre hasta la zozobra de la arena
Disocia uno su castigo hasta la desmesura de la amnesia
Nadie cabe en la bestialidad que en este viaje nos recorre
Nadie toca ese vaho de fealdad anidado en los costados

Nadie reconoce que aparecen siempre los escombros
Las hienas hambrientas de la culpa en las barriadas
Frente al vidrio teñido de gris
Tras el lente opaco de los miramientos
Se estremece el desengaño de las cumbres
Un solfeo penetra en el cráneo rasgado
Empuja el abatimiento las ganas
Nos cae encima lo subversivo del estruendo del sol
Nos apartamos de nuestros labios
Nos desagregamos después de la explosión del vientre
Flotan las noches sobre las noches
Suaviza la vacuidad los nudillos endurecidos de barro
En un acorde existimos
Sin instrumentos que se antepongan
Deshilvanados de aquellas melodías
Inertes y turbias se interpretan pedregosas
Al compás de esta suciedad incorreccional
Velozmente agrandada hacia la destrucción

3
Caen los escenarios
Las carcajadas
Escaleras abajo
Rompen los dientes
Uno por uno
Los dientes quebrados
Construyen abismos

Hacia donde se deslizan
Cerro abajo
Con el lodo fresco
Desbordados viajando
Todos los llantos
Los emblemas
Las edificaciones

XXX

El grito el desespero
la inmensa furia el desamparo
un asesino en los pellejos
un animal empapado de seda las corbatas
las calles del centro el expreso a media mañana
donde ese anciano me decía espera morir
en la otra esquina y no en ésta
con su arma-dura espesa
como la mía clavada antes al hastío
de todo lo que sucede al interior del ruido
ajeno el parque forestal
el desasosiego en los escaños
astillada la muchedumbre hacinada la rutina
la ciudad duda si amanece o no
me decía ese nadie en su periódico de papel
donde ya no estamos detenidos
como lo están en rojo los titulares
los peldaños de sangre amontonados suben a las terrazas
y en el patio interior de un edificio
un felino hambriento se dispone al zarpazo

XXXI

Caen
los pedazos
de mí
desvinculados
de todo
cayendo
al amanecer
con la garúa
esparciéndome
en la nada
caen
húmedos
los pedazos
de mi desnudez
vaciándome
entero

XXXII

Sin mi cama
habría yo perdido el horizonte de mis noches

Estaría condenado
a vivir en la verticalidad perenne de las arboledas

XXXIII

Cuelga un ancla
de mis tobillos sostenida
con agujeros de zapatos
y cordones hacia el suelo
Que si no fuera por ella
me habría incitado un velero
a profanar el universo
Que si no fuera por ella
la tierra cada día
se iría despegando de mis pasos
Por qué no sueño entonces
cuando de señor estoy vestido
Por qué sólo el despertar del errabundo
aviva mi desafío
Por qué todavía se me hace extraño el hambre
de este lobo devorador de raíces
Su blasfemia sin abrazos cuando debe digerirme
Por qué tarda tanto el sismo
que destrozará el ancla
y dejará al mundo en mis abajos
como una página en blanco

XXXIV

El más allá
donde van a morir
todos los muertos

XXXV

El más acá
donde vienen a vivir
todos los muertos

XXXVI

1

Del Jinko

llueven

hojas amarillas

alfombran el lomaje

sus esqueletos

desarraigados

parecen hijos

emancipándose de su tronco

hasta morir mañana

en el declive del cerro

2

Masivamente

este año

como todos los años

se aligeran

sin explicación

millones de hojas

con sus colores secos

se descuelgan

ramas abajo

desde los árboles

para regocijar

nuestro placer

de contemplar una vez más

el rutinario transcurrir

del otoño

Ojalá nunca
existan ojos placenteros
para ver cada año
rutinariamente
el otoño de los hombres
cayendo
sin explicación
desde los balcones
de sus edificios

XXXVII

Una melodía
el piano sonando en la radio
danzan en el cerro en los techos
las palomas

El diluvio empapa su plumaje
no les importa que yo las observe
mover su cuello

El viento nada interrumpe
el frío tampoco se atreve

Mi ventana continúa sin intervenir
mostrándomelo todo
sin saberlo sin avisos comerciales

XXXVIII

1

Es norma primera de las normas
que el hombre siempre nace libre
pero también es norma última
que el hombre muere siempre
prisionero de sus normas

2

Es norma segunda de las normas
que el Estado está al servicio de la persona humana
pero también es norma penúltima
que es la persona humana
quien termina siempre al servicio del Estado

XXXIX

1

Tuvo que venir
varias veces venir
el garrote primero
luego el arrepentimiento
la inquietud del fin
tuvo que intervenir
avizorando
desde el disimulo
en un rostro apreciado
la botella hiriente
que todos los días
le disfrazó la verdad
para mantenerlo en reposo

2

La copa el vino
al frente la botella
mirándose detrás del fuego
estrangulando abstinencias
con el frío de ambas
para entibiar la garganta
e irse a morir y morir al pozo
en la sangre escurridiza la sorpresa
el atrevimiento
las desvenecijadas partituras de la lujuria
que cabecea sobre un sillón hecha pedazos

XL

(a Ignacio Balcells)

El océano para ser nombrado
el hombre sobre sus olas de palabras
el crepúsculo es incapaz de matarlos
ni la tiniebla capaz de sepultarlos
hay un inconfesable misterio entre el verso
y la salada danza de su resaca
en esas honduras ambos sobreviven
diciéndose mutuamente los secretos
que otros desconocemos

XLI

Cada mañana
cualquiera sea el clima que susurre con el alba
corro sin detenerme por las avenidas
o por las arenas de la distancia que se me acerca
a veces sintiendo que me arranco
otras veces que me persigo
pero que al terminar sin atraparme
junto al agua del agotamiento
siempre hallo mi encuentro
esperándome con un baño frío de océano implacable

XLII

A otro dale esa camisa vieja
descolorida por los años
puesta en el torso por última vez
para agarrarte de alguna existencia vestida
Y cuando en aquél se haya deshilachado
alcanza después la desposesión íntegra
para cubrirte el pecho de brisas
y salir sin ropa que dejar del tiempo
a los elegantes que un día te vieron

XLIII

Como si por un sendero de los ojos del pecho
se hubiesen abierto varios momentos de luz
pudo mi acantilado oculto mostrar su roquerío
mientras todo el fuego incrustándole su voz
se acercaba por el eco de la infinitud sin trazos
esparciendo trozos de mi sed en el desierto del norte
construyendo arenas duras sobre un horario que no se nombra

Hasta allí parecía inasequible el vínculo
entre mis pies y aquella planicie sin orillas
pero con sólo un alarido mitigado por la grandeza del silencio
mis rumbos previos de riberas y océanos
cayeron en la sequedad luego de sólo un pestañeo

Y nacieron en las alturas de la tierra unos lagos incoloros
unos salares como espejismos mirándome
como témpanos irregulares sosteniendo en el universo
como si por un misterio entre el calor y la mojadura
hubiese podido envolver mi corazón desapegado de las cosas

Valga el enigma que nos conmueve
en que nada nada después de una luna póstuma
puede pronunciarse más fuerte a través de las grietas
de un desfiladero o de una tumba o de un empedrado
o de un volcán herido por su cráter
que el auxilio mismo de la miel
engendrando en mí una mañana azulada
por donde navegar desnudo sin agonías ni agobios

XLIV

Alado viajo ingrávigo
entre el concepto y la imagen
entre la vigilia y el sopor
entre lo preciso y lo abstracto

Subo abriendo puertas aleteando
me muevo al ritmo de la pesadez
sumido en la melodía de la ligereza

XLV

El sueño
el esbozo del resplandor
el laberinto que se mueve
el hemisferio apartado de la luz

Hay una vida adentro de mi vida que duerme
derramada sin cauce preterida en la sombra
el tiempo no fluye no padezco de realidad

Y en esa vida de adentro de mi vida que duerme
me descifro como un juego me disperso como las malezas
como lo que no toco
me sobrepongo al pensamiento
me construyo imaginando
desconociendo cualquier herencia

Navego en un trozo del ensimismamiento
en el paralelo de la actualidad
estoy por deshacerme del instante
mi cuerpo mi crúor por descubrirse simultáneos
cada eslabón de mi movedura observa mi ocultamiento

Estoy por anegarme decapitado
sustraerme de este hoy horroroso
del dintel de lo que he sido
del hechizo agrandado de la noche
Mis sábanas amanecen despiertas de libertad
Abro desmenuzados los ojos hacia la amnesia del día

EN LA ORILLA DEL NAHUEL HUAPI

(a Cristina)

Por un agujero en el sur del sur
entre los coigues un viento cordillerano
afilado con la nieve
decae como cae mi movimiento
en el ritmo en las frazadas
en la brisa apartándose de mi cuerpo tibio y del suyo
en pocos minutos un lago vivo
como el atardecer moviéndose conmigo y con ella
el sol escondido en su pelo
sobre un pasar de nubes mirando
de besos y manos entrando y saliendo
y pastos duros adormilados después de tocarnos
desvestidamente la tormenta continúa
celebrándonos con oleadas dulces las piedras
en el borde desapareciendo y apareciendo por el agua
de improviso las orillas el regocijo nuestro
calmo muy calmo sin olvido de todo lo vivido
juntos con todo lo amado entre nuestros años

EL MAR DE LOS SILENCIOS

Y aquí adentro
mis sosegados temblores
el destiempo de mis párpados cerrados
lo indecible nada murmulla
solo se escucha crujir la leña del acantilado
del desmembramiento atado a los huesos
Un mar habita sin embargo
desencadenado de su escultura
degustando la savia de mi pertenencia
mi cercanía mi libertad pendiente de mejoría
las trompetas amables de mi respiración
que me provocan embestir toda creación
para otra vez crearla llena de vertientes abstractas
de senderos preclaros para muchos inaccesibles
Y ocurre recién que me espera la tregua
la lentitud bajo las cuencas de los ojos
cuando al final de ese mar donde ya no estoy desafiándome
emerge el color de la lava viva
sosteniéndome una furiosa serpiente
que con sus fauces alertas no se resigna a anochecer

Esta primera edición de *El mar de los silencios*, que fue iluminada poéticamente por Mauricio Barrientos y Oscar Hahn, se terminó de imprimir en Santiago de Chile en el mes de Agosto de 2009, con una tirada de mil ejemplares en papel hilado de 90 grs, de los cuales cien ejemplares fueron editados en tapa dura y numerados de I a C.





